

## VICENTE BENAVIDES: REACCION Y DEVOCION EN EL SENO DE LA POST-INDEPENDENCIA AMERICANA \*

MANUEL RAMÍREZ ESPÍNDOLA \*\*

EDUARDO TÉLLEZ LÚGARO \*\*\*

### RESUMEN

La leyenda negra de Vicente Benavides ha sido una de las manifestaciones más particulares de la historia chilena. A partir de esta premisa, se analizan las principales características de este mito historiográfico, a fin de poder determinar la real naturaleza de esta interpretación, así como la importancia que ésta ha tenido en el discurso oficial de la guerra de independencia.

**Palabras Claves:** Vicente Benavides, historiografía decimonónica, guerrilla realista, guerra de independencia.

### ABSTRACT

Vicente Benavides's black legend has been one of the most particular manifestations of the Chilean history. From this premise, the main characteristics of these historiography myth are analyzed, in order to determine the real nature of this point of view, as well as the importance that this view has had in the official speech of the independence war.

**Keywords:** Vicente Benavides, nineteenth century historiography, royalist guerrilla, independence war.

### INTRODUCCION

Como el final de una leyenda terrorífica, la figura de Vicente Benavides se presenta ante nosotros como la antípoda de todos los valores humanos; la representación de “un soldado ignorante y grosero”,<sup>1</sup> el que a través de su existencia no gestó sino “...una cadena de extrañas aventuras y repugnantes inconsecuencias que bastarían a hacer odioso su carácter, si sus delitos inhumanos no lo hubieran señalado a la execración de las edades”.<sup>2</sup>

Esta imagen peyorativa y en sí parcial, nos induce a preguntarnos con más fuerza sobre la real veracidad de estas imputaciones, así como por la naturaleza misma de este discurso, surgido en las postrimerías del siglo XIX, y que hoy llega hasta nosotros con la misma claridad que cuando este malogrado caudillo rondara nuestros campos y ciudades.

En este sentido, la relativa superación que hoy posee el discurso histórico de la independencia nos brinda la posibilidad de desarrollar una revisión exhaustiva en torno a este tipo de personalidades, tan importantes para comprender el medio histórico en el que se desarrollan, así como por las variadas circunstancias que hacen de sus vidas toda una historia –no necesariamente de repugnantes inconsecuencias– sino de la vivencia misma de las poblaciones que sufrieron el doloroso tránsito hacia el Chile independiente.

### GUERRILLA, VIOLENCIA Y EXCLUSION

Los primeros antecedentes biográficos de Benavides nos dicen mucho en respecto a su posterior protagonismo en la llamada “Guerra a Muerte”, fundamentalmente en cuanto a la actitud y el accionar que éste asume contra el bando patriota.

\* Este artículo corresponde a la ponencia presentada en las XI Jornadas de Historia Regional de Chile. Universidad de Concepción, octubre de 2004.

\*\* Profesor de Historia y Geografía. Académico Universidad Bernardo O'Higgins.

\*\*\* Académico Departamento de Cs. Históricas Universidad de Chile.

<sup>1</sup> Barros Arana, Diego. *Historia general de Chile*. Tomo XII. Jover. Santiago, 1884, p. 97.

<sup>2</sup> Vicuña Mackenna, Benjamín. *La Guerra a Muerte*. Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1972, p. 23.

Benavides nace a fines del siglo XVIII en el pueblo de Quirihue, hijo de una familia criolla de antiguo pasado militar, no obstante empobrecida, situación que relega gran parte de su vida a los campos del sur de Chile. Al igual que a muchos otros, la revolución de 1810 lo sitúa al interior del primer ejército de la patria. Allí participa en sus diversas operaciones: primero en la expedición chilena a Buenos Aires de 1811, ya de vuelta en Concepción, en la campaña militar de 1813, permaneciendo como sargento en un cuerpo de infantería montada al mando del joven José Miguel Carrera.

Por razones misteriosas y que analizaremos más adelante, a finales de ese año deserta al ejército realista, ingresando al Batallón Concepción, donde se destaca excepcionalmente en esta primera campaña, hasta ver coronado su esfuerzo en Rancagua, donde es ascendido a subteniente<sup>3</sup>.

Durante la restauración prosigue su carrera militar, hasta que la derrota infligida a sus pares en Chacabuco lo relega al interior del sitio de Talcahuano, participando activamente en la fortificación y defensa de aquel puerto a lo largo de todo 1817. A mediados de ese año despliega una incesante guerra de guerrillas en Arauco, la que le proporcionará una funesta nombradía, que ya a esa altura lo sindicaba como uno de los principales caudillos monarquistas, siendo así mismo ascendido al grado de capitán<sup>4</sup>.

Junto a su hermano Timoteo, es posteriormente capturado en la batalla de Maipo, siendo conducidos a la capital e inmediatamente sentenciados a muerte, el 10 de abril de 1818<sup>5</sup>. No obstante, influyentes amistades logran liberarlos de la horca —horas antes de la ejecución—, lo que no será motivo para que nuevamente fueran condenados, esta vez bajo el amparo de la noche, siendo ambos irregularmente fusilados a mediados de ese año. Aquí sucede una situación ciertamente increíble, y es que por un hecho providencial sólo su hermano pierde la vida, luego que el caudillo se fingiera muerto, logrando escapar milagrosamente, pese a las graves lesiones dejadas por sus verdugos.

Inducido posteriormente por sus amistades, Benavides se presenta a fines de ese año ante San Martín, quien le ofrece la posibilidad de un indulto a cambio de su reinserción en el bando patriota. Su misión: iniciar la puesta en marcha de un plan de contención de la guerrilla realista, la que en ese momento se encontraba resistiendo con escasas fuerzas en el corazón de la Frontera.

Es así como a principios de 1819 Benavides participa en algunas actividades logísticas junto a los patriotas, bajo las órdenes del brigadier argentino José Antonio Balcarce. Sin embargo, apenas este último se retira del campo, en febrero de ese año, el guerrillero retoma inmediatamente contacto con los realistas, quedando al mando de la guerrilla fronteriza, a su vez que Juan Francisco Sánchez se retiraba junto a unas cuantas fuerzas regulares rumbo a la plaza fuerte de Valdivia.

A partir de entonces, Benavides desplegará una incesante campaña contra el ejército patriota, organizando a las escasas fuerzas dejadas a su mando, así como a la numerosa población civil emigrada a la Araucanía, la que suavemente se calcula en algo más de 10 mil personas<sup>6</sup>.

Y es a través del apoyo de estas poblaciones, junto al abierto partido de los indios, que el caudillo realista pudo levantar, año tras año, un importante contingente de soldados dispuestos a retomar a cualquier precio el control del país. En febrero de 1819 contaba, por ejemplo, con menos de un centenar de hombres, el que aumentó a cerca de un millar a finales de ese año y a más de 2.500 al año siguiente, principalmente a través de estos medios, así como por la propia deserción del ejército patriota, de la que por su parte se desconocen cifras totales<sup>7</sup>.

Fruto de estas nuevas expectativas, a mediados de 1820 los realistas acertaban un duro golpe a las fuerzas patriotas de la Frontera, luego de derrotarlos sucesivamente en el Pangal y Tarpellanca (23 y 26 de septiembre de 1820), lo que trajo consigo la recuperación de Concepción y el temeroso repliegue de las fuerzas republicanas. Esta situación se mantendrá invariablemente hasta fines de ese año, cuando estas últimas logran finalmente expulsarlos hasta sus campamentos en la Araucanía.

<sup>3</sup> Archivo Nacional. Archivo *Ministerio de Guerra* (En adelante AN;AMG). Vol. 52, fjs. 6-8.

<sup>4</sup> AN;AMG, Vol. 52, fj. 11.

<sup>5</sup> *Archivo de Don Bernardo O'Higgins* (En adelante ABO). Tomo XXIII, pp. 208-209.

<sup>6</sup> De acuerdo con informes posteriores, a fines de 1822 entre 5.000 y 6.000 personas habrían retornado al norte tras la aniquilación de la guerrilla en Arauco. Por su parte, los campamentos cordilleranos de Trilaleo y Quilapalo albergaban un número superior de población, calculándose cada uno de ellos en cerca de 4.000 refugiados, todos los cuales habrían buscado protección entre los realistas, como oposición al nuevo sistema instaurado desde Santiago. Al respecto, véase Gay, Claudio. *XVI Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la independencia de Chile*. Andrés Bello. Santiago, 1965, pp. 107-108.

<sup>7</sup> A mediados de 1819, Benavides informaba al coronel Sánchez los logros obtenidos en aquella primera campaña, junto con el abundante número de desertores patriotas que pasaban a su ejército. De ahí que su superior requiriera encomendarle toda una ordenanza a través de la cual se debían regular dichos traspasos. Véase AN;AMG, Vol. 52, fj. 33.

Ya a esa altura la guerra desatada había cobrado centenares de víctimas, manifestándose un agudo agotamiento de ambas fuerzas, sustentado en profundos ciclos de violencia, los que hasta el día de hoy reflejan la imagen funesta que se tiene respecto a la "Guerra a Muerte".

Esto llevó a una nueva estrategia por parte de ambos ejércitos. Del lado realista, el repliegue hacia Arauco significó una readecuación de los medios humanos y materiales que poseía la guerrilla, principalmente en cuanto a la manutención de sus fuerzas, mientras que del lado patriota esta situación se hizo insostenible, siendo así la ruina productiva y el desabastecimiento las principales trabas que impidieron una acción certera de estos últimos contra las huestes del Rey.

Enmarcado en una solución parcial de estas dificultades, se sitúa la gestión del coronel Joaquín Prieto, quien al mando del Segundo Ejército de Operaciones del Sur desarrollará una infatigable labor subversiva a fin de negociar un traspaso pacífico de la guerrilla chillaneja, enfrentándola luego con sus camaradas de más al sur, todo lo cual dio rápidos frutos, frustrando en gran medida la acción de los realistas.

En 1821, Benavides se alista para su última campaña al mando de cerca de 1.500 hombres, rumbo a la ciudad de Chillán, donde permanecían Prieto y sus renovadas fuerzas. Sin embargo, la inexactitud de sus movimientos y la lentitud en el avance destruyen su ofensiva, siendo ampliamente derrotados luego de una desastrosa retirada por los cajones cordilleranos, a orillas del río Chillán, en el lugar denominado las Vegas de Saldías (10 de octubre de 1821)<sup>8</sup>. La guerrilla es completamente aniquilada.

Intentos posteriores por reorganizar sus fuerzas serán imposibles. Antes bien, se produce una masiva desertión, especialmente al interior de la oficialidad, la que comienza a conspirar entre sí hasta marginar por completo a Benavides del mando.

Es así como a finales de ese año, y en base a anteriores propuestas de paz, el guerrillero reniega su fenecida causa y solicita un indulto a los comandantes Prieto y Freire, situación del todo onerosa, y en la cual él mismo ofrece sus servicios a fin de detener a sus ex subordinados<sup>9</sup>.

Bajo estas nuevas circunstancias y ante el peligro que corría su vida, en 1822 abandona la región junto a un grupo de cercanos rumbo al norte —presuntamente a Lima— debiendo desembarcar por falta de víveres a la altura de Topocalma, en el litoral central. Allí serán inmediatamente descubiertos, apresados y conducidos a la capital, donde se les sigue un breve juicio que dicta la muerte de Benavides y la confinación de sus seguidores, todo esto en medio de las más vejatorias humillaciones por parte del pueblo y la oficialidad santiaguina<sup>10</sup>.

Finalmente, el 23 de febrero de 1822, Benavides es ahorcado en la Plaza de Armas de la capital, tras lo cual se procedió a cercenar su cuerpo, enviando sus extremidades a las ciudades del sur y quemando el resto en el Llano de Portales, para el eterno sufrimiento de este infatigable caudillo, quien terminó así sus días de lucha contra la causa patriota.

## LA GESTACION DEL MITO

La formación de la leyenda negra de Benavides pasa fundamentalmente por las variadas circunstancias que envolvieron su vida y específicamente el papel que jugaron estas mismas contra la supervivencia del nuevo orden republicano, al borde de anarquía que lo consumirá años más tarde.

<sup>8</sup> Oficio de Joaquín Prieto a Ramón Freire. Chillán, 10 de octubre de 1821. En *AN;AMG*, Vol. 99, ff. 201.

<sup>9</sup> Carta de Vicente Benavides a Joaquín Prieto. Campamento de Lebu, 12 de diciembre de 1821. En *AN;AMG*, Vol. 52, fjs. 92-96.

<sup>10</sup> Los detalles del proceso en *AN;AMG*, Vol. 52, fjs. 178-241.

Una de las primeras relaciones biográficas que dan cuenta de esta animadversión hacia el caudillo es la denominada *Vindicta Pública*, aparecida justamente el día de su fusilamiento, y que marca, por así decir, toda la elaboración histórica posterior<sup>11</sup>.

Allí se establecen las principales imputaciones que harán de él una figura vil y sanguinaria, como base para el futuro mito que se tejió en su contra. Obras posteriores no harán sino fortalecer esta imagen en las generaciones decimonónicas, las que además se vieron alimentadas por los vivos relatos de sus contemporáneos, quienes sin tener cuenta clara de su accionar asumieron estas historias como ciertas, precisamente como símbolo de los grandes temores que vivieron cuando éste aún permanecía activo, a principios de la década del veinte.

Una actitud más imparcial es la que asume, en un primer momento, la naciente historiografía de aquel entonces. Más allá de las reivindicaciones apologéticas que realiza el español Mariano Torrente en su *Historia de la Revolución Hispanoamericana* (Madrid, 1829)<sup>12</sup>, existen otros autores —chilenos y extranjeros— que percibieron la necesidad de indagar más profundamente en los antecedentes históricos que determinaron su accionar. Tal es el caso de Claudio Gay, en su *Historia de la Independencia Chilena* (París, 1856), y particularmente el joven Diego Barros Arana, quien bautizará su larga carrera historiográfica a través de sus *Estudios históricos sobre Vicente Benavides y las últimas campañas del sur, 1818-1822* (Santiago, 1854), obra del todo interesante, pues nos muestra la deformación que va a asumir la visión erudita en las décadas siguientes.

Y es que los profundos trastornos políticos y sociales que sufre la nave del Estado a partir de 1860 repercuten considerablemente en la formulación de un nuevo horizonte historiográfico, el que reaviva gran parte de las querellas del pasado bajo el impulso del mito positivista.

“Escriba, joven, sin miedo, que en Chile nadie lee”. Era el consejo que daba Andrés Bello al joven admirador de Benavides, quien se vio así envuelto en el nuevo discurso progresista que abría el liberalismo político, y que lo indujo —al igual que a muchos— a sublimar el papel de ciertos actores, junto con la deformación histórica de otros tantos, tal es el caso de Benavides y la guerrilla realista, figuras retrogradadas y execrables a los ojos del progreso y la civilización moderna.

Una mirada más virulenta y penetrante es la que realizaría su compañero Benjamín Vicuña Mackenna, autor del ensayo más conocido en la actualidad sobre a la figura de Vicente Benavides y la campaña realista, titulado *La Guerra a Muerte* (Santiago, 1868), término que desde entonces se ha generalizado para referirse a este último episodio de la guerra de independencia.

Benavides era, pues, un eterno díscolo, una de esas naturalezas rebeldes a todo impulso de lo bueno, y que por eso han sido llamadas con propiedad: genios del mal. Su educación había sido tan imperfecta como su organización y había servido sólo de dócil aliada a sus terribles instintos. Había aprendido en su aldea natal todo lo que se enseñaba entonces en nuestras villas de provincia y aun en nuestras ciudades coloniales; esto es, a escribir, a leer y a rezar. Sus pasiones más arraigadas y más feroces estaban limitadas por eso a un círculo estrecho. Su sable, su mujer y la virgen de Mercedes, cuyo nombre invocaba aun en el cadalso, constituían toda la atmósfera de su existencia física y el aliento de su alma, pero al anidarse en ella se emponzoñaban en su contacto y se convertían en excesos abominables. En Benavides la pasión por la guerra era la matanza; el amor, el aguijón de los celos; la religión, la hoguera.

Y son estas tres tendencias más marcadas de su espíritu las que veremos puestas en juego en la lucha a que vamos a asistir. Su audacia para mentir, un espíritu notable de organización, la viva malicia del criollo y su insondable vanidad, son sólo recursos auxiliares de que el bandoletero echará mano en la víspera de un atentado o al día siguiente de haberlo cometido<sup>13</sup>.

La amplia aceptación que tienen estas interpretaciones se relaciona directamente con la admiración que se tiene de la carrera historiográfica de sus creadores, sin tomar en cuenta que éstos también formaron parte de las mismas luchas políticas e ideológicas que precisamente habían motivado el ciclo emancipador medio siglo antes.

<sup>11</sup> Aparecida en la *Gaceta Ministerial de Chile* N° 55, del 23 de febrero de 1823. Son numerosos los errores en los que allí se incurren, abundando fechas inconexas, relaciones de declaraciones inexistentes, junto con un marcado abultamiento de las cifras de víctimas, siendo un documento de carácter gubernamental y a todas luces inexacto, pese a que haya sido ampliamente aceptado en obras posteriores.

<sup>12</sup> En *Colección de historiadores y documentos relativos a la Independencia de Chile* (En adelante CHDI), Tomo III.

<sup>13</sup> Vicuña Mackenna, Benjamín. *Op. cit.*, p. 24.

## BENAVIDES EL TRAIADOR

Así, en el primer ensayo histórico de Barros Arana se pueden leer las siguientes conclusiones respecto a la figura del caudillo;

...En él iban a la par el genio con la constancia y aunque en extremo aparente para disciplinar y mandar tropas, no podía soportar el obedecer órdenes ajenas. Dotado de una audacia más que extraordinaria para afrontar el peligro, no lo abandonó en él la prudencia. "Ningún trabajo fatigaba su cuerpo ni abatía su espíritu". La firmeza le era característica y jamás se le vio ceder a las circunstancias. Aunque aficionado a los licores espirituosos, nunca tuvo dominio sobre él la embriaguez.

No es menos difícil averiguar el móvil regulador de sus acciones; con todo, lo más acertado sería decir que su amor a la causa real, afecto que le costó un destierro a Mendoza como también una prisión, lo hizo mirar siempre con cariño la causa de Fernando. La ambición de gloria lo impulsó a veces a los mayores rasgos de coraje y valentía y por último, un deseo de vengarse lo hizo aparecer feroz<sup>14</sup>.

Tres décadas más tarde y fruto de toda la marea revisionista, terminaría argumentando que

...Benavides no había mostrado ninguna de las dotes en cierto modo superiores que pudiesen justificar su elevación y el prestigio que ejercía sobre los suyos. En la guerra había desplegado alguna astucia, pero nada que dejase ver un mediano jefe militar. Jamás se le había visto ejecutar acto alguno de valor personal. En los combates se mantenía alejado de todo puesto de peligro; y cuando creía próximo un descalabro, era de los primeros en tomar la fuga...<sup>15</sup>

Señalar que Benavides, por sí mismo, es el símbolo de la traición es una hipérbole. En primer lugar, hemos de comprender las diferentes variables motivacionales que asume la sociedad, o un sujeto en particular, para renegar de un partido o traspasarse a otro, y es por esto que el tema de la desertión nos abre una amplia veta, más aún cuando se trata de un conflicto civil, donde intervienen una serie de factores difícilmente asimilables al mero ánimo traicionero de un sujeto, sin una mayor justificación ética de su parte.

Al igual que otros, Benavides representa a un buen número de soldados fronterizos. quienes, por descontento, desengaño o desilusión, abandonaron progresivamente los primeros cuerpos republicanos, integrándose de esta forma al ejército restaurador, en aquel entonces garante del orden y el antiguo régimen, en una sociedad que pese a todo aún respetaba con ahínco los conceptos políticos y sociales de la monarquía<sup>16</sup>.

Desde otro punto de vista, se puede hablar más exactamente de la reconocida ineficiencia y desorganización en la que se hallaban los cuerpos patriotas, librados de una guerra civil norte-sur en 1812, y sujetos en adelante a una terrible anarquía por parte de sus líderes, quienes hasta 1817 no lograron coordinar una estrategia certera para el control del territorio.

De ahí que haya que analizar por sobre todo la situación de este ejército en la primera campaña en la que deserta Benavides, y no sólo él, sino otros cientos de coterráneos, quienes constantemente se dieron refugio en los bosques y montañas, negándose a prestar su apoyo al ejército insurgente:

<sup>14</sup> Barros Arana, Diego. *Estudios históricos sobre Vicente Benavides y las campañas del sur, 1818-1822*. Santiago, 1854, p. 21.

<sup>15</sup> Barros Arana, Diego. *Historia general de Chile*. Tomo XIII, p. 412.

<sup>16</sup> En 1818, un viajero norteamericano abandonado a su suerte en Concepción apuntaba el profundo sentimiento fidelista de sus habitantes: "...Que el rey fuese absoluto señor de vidas y haciendas era hasta hace muy poco un axioma tan indiscutible entre ellos como que el Papa es jefe de la Iglesia, lo que nadie que desee vivir en paz se atreverá hoy tampoco a dudar. Como muestra de sus ideas tocantes al poder real, diré que es frecuente que a uno le pregunten si los ingleses no son tributarios de España, si hay patriotas en Europa, esto es, si ha habido allí alguna nación que se haya atrevido a levantarse contra la autoridad del más católico de los reyes; y tal es, según me inclino a pensar, lo que en realidad se tiene por patriotismo en Chile". Cfr. Coffin, John. *Diario de un joven norteamericano detenido en Chile durante el periodo revolucionario 1817-1819*. Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1968, pp. 152-153.

En vista de esto, los llamados patriotas, después de muchas diligencias, tomaron el bárbaro arbitrio de quemar los ranchos en la Rinconada de la Laja y en Santa Juana, levantando también en Rere una horca para obligarlos a presentarse, pena de la vida. Todo fue en vano, porque muchos de ellos pasaron a las cordilleras a incorporarse en esta ciudad con los realistas, los más permanecieron escondidos en los montes, y pocos que salieron por el miedo, fugaron prontamente; pero después que, rechazados y ahuyentados de Chillan los enemigos, caminó una guerrilla nuestra a posesionarse de la frontera, salieron de los bosques y a miles se unieron a nuestra división, siguiendo después al ejército real hasta Rancagua, en el número que pareció conveniente al general<sup>17</sup>.

En abril de 1814, Benavides es capturado por los patriotas en la batalla del Membrillar, siendo conducido al norte en espera de ser fusilado. Sin embargo, a la altura del río Achibueno, escapa gallardamente, no sin antes incendiar el campamento de sus captores, generando una estrepitosa confusión, la que frustró los planes inmediatos de éstos de atacar por sorpresa al enemigo. Ya en Rancagua, como hemos dicho antes, se destaca excepcionalmente en la toma de la plaza, siendo por ello ascendido a subteniente<sup>18</sup>.

Todas estas acciones nos inducen a pensar en un verdadero reconocimiento de Benavides por la causa del Rey, y si esto no pareciera de tal forma, lo corroboran así sus posteriores negativas a volver al bando patriota, esto tras las proposiciones hechas en 1817 por Juan Gregorio Las Heras, mientras el caudillo permanecía sitiado en Talcahuano<sup>19</sup>.

Los reiterados intentos por eliminarlo, tras su captura en Maipo y luego a mediados de ese año, nos señalan el precio de tal actitud, la cual fue pagada con la muerte de su hermano, en circunstancias de haber sobrevivido inexplicablemente. Este hecho, a todas luces irregular, se produce como un ajuste de cuentas y no como el fin de un proceso judicial, del cual ya había sido absuelto tras la intercesión hecha por Juan Castellón y el presbítero Salvador Andrade, el 11 de abril de 1818.

Es por esto que la posterior reinserción de Benavides al ejército patriota, de manos de San Martín, no ha de ser entendida como una necesaria traición de su parte, sino que, por el contrario, se trata del impulso venagativo del caudillo por lavar las afrentas cometidas, introduciéndose al interior de estas fuerzas a fin de llegar a la Frontera y desde allí proseguir su lucha contra sus mortales enemigos.

## BENAVIDES EL SANGUINARIO

A partir de su llegada al campamento realista, en febrero de 1819, comienza una nueva fase en la historia del caudillo, conocida más bien por la violencia y brutalidad con la que éste desplegó su campaña contra los patriotas.

Junto con lo anterior, desestimamos el papel preponderante que se atribuye a Benavides en el derramamiento injustificado de sangre, antes bien, creemos que se trata de una situación recíproca, imputable a ambos bandos por la exacerbación extrema que se hizo del conflicto.

Desde mucho antes de 1810, las rivalidades sociales, culturales y raciales habían dado pie a profundas odiosidades al interior de las colonias hispanoamericanas, las que al estallar el conflicto no hicieron sino manifestarse abiertamente, liberando así el germen de la exclusión y la violencia hasta bien entrado el siglo XIX, en desmedro del sano desarrollo de nuestras sociedades.

En este sentido, la guerra de independencia trajo consigo hondas heridas, de las que muy pocos han querido hablar, hasta olvidar casi por completo el recuerdo de estos sucesos, tal y como ocurre hasta el día de hoy con la historiografía española, la que inconscientemente se niega a analizar esta desastrosa derrota. Por su parte, los criollos hemos optado por la interpretación parcial del conflicto, creando imágenes heroicas y sacrosantas de los próceres patriotas, mitificando peyorativamente a los vencidos, a quienes atribuimos todos los males de esta guerra.

Así pues, nuestra historiografía casi desconoce las arbitrariedades cometidas por el ejército patriota, las que por lo demás fueron tan patentes como las de los realistas, especialmente desde 1817, fecha en la cual

<sup>17</sup> *Relación de la conducta observada por los padres misioneros del colegio de propaganda fide, de la ciudad de Chillan desde el año 1808 hasta 1814*. En *CDHI*, Tomo IV, p. 28.

<sup>18</sup> Rodríguez Ballesteros, José. *Revista de la guerra de la independencia de Chile*. Tomo II. En *CHDI*, Tomo VI, pp. 197-198.

<sup>19</sup> Oficio de Juan Gregorio Las Heras al Director Bernardo O'Higgins. Concepción, 20 de abril de 1817. En *ABO*, Tomo VIII, p. 258.

ocupan gran parte del país frente a un enemigo deshecho, el que por su parte asume una estrategia mucho más radical, tal es el mantenimiento de guerrillas contra el nuevo orden establecido.

Todas estas circunstancias, sumado a la desastrosa situación material en la que quedó postrado el país tras la jornada de Maipo, marcan el inicio de la guerra a muerte, no como una continuación de la guerra, sino como oleada de violencia mutua, la que asume el ánimo de venganza y revanchismo por todas las odiosidades creadas en el curso del conflicto.

Ciertamente, la participación de Benavides adquiere aquí un signo de venganza por el duro golpe que había recibido el año anterior, sin embargo, su conducta no ha de ser asimilada como la de un sanguinario demente, si la comparamos con la de otros caudillos, como O'Higgins, Freire, Victoriano o los capitanejos realistas. El Director Supremo, por ejemplo, se jactaba en 1819 de haber hecho fusilar a 300 personas en menos de cuatro meses, por el solo hecho de ser realistas<sup>20</sup>. Por su parte, Freire era tan implacable como el libertador, ejecutando en reiteradas ocasiones a civiles acusados de "colaboracionistas", muchas veces sin mayor vínculo que el de ser simples familiares de los guerrilleros<sup>21</sup>.

Un estudio de los principales crímenes atribuidos a Benavides tampoco nos ofrece muchas luces respecto a su supuesta animosidad criminal.

En febrero de 1819, Benavides tomaba prisioneros a una partida de patriotas, compuesta por un teniente de apellido Ribera junto a una veintena de soldados. De inmediato, el caudillo propuso el canje de los rehenes por su esposa y su familia detenidas en Concepción, amenazando con despacharlos a Valdivia o dejarlos a la suerte de los indios. Sin embargo, la transacción no se llevó con la suficiente rapidez, debido a que la mujer de Benavides estaba siendo acosada por el oficial patriota –"R.N."– encargado de la entrega, lo cual llegó irremediamente a oídos del guerrillero. Esta situación pudo haber influido en que posteriormente todos los prisioneros fuesen fusilados, incluido el oficial que hacía de parlamentario, esto a un mes de iniciadas las negociaciones, y cuando ya su mujer recién le había sido entregada.

Y si bien es cierto, el caudillo reconoció en aquella ocasión su crimen, es indudable que muchos otros de estos hechos habrían podido evitarse a través de una mediación más rápida y decidida por parte de Freire, quien siempre prefirió la violencia gratuita ante los ofrecimientos que le hacía Benavides.

En mayo de ese mismo año era capturada la fragata Dolores desde el puerto de Talcahuano, siendo fusilada toda la tripulación, entre los que se encontraban Agustín Borne y su pequeño hijo, parientes políticos del Director Supremo. También aquí se habían ofrecido en canje por la familia del coronel Juan Francisco Sánchez, sin embargo, la negativa de Freire frustró toda gestión al respecto, existiendo fuentes que por lo demás niegan la muerte del menor, quien habría permanecido sano y salvo al interior del campamento realista<sup>22</sup>.

Otra situación ambigua se produce cuando analizamos el tema de las responsabilidades personales, y la actuación de otros oficiales, quienes junto a Benavides participaron en aquella campaña.

Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con uno de los crímenes más imputados a Benavides: la llamada "Matanza de Tarpellanca", producida a fines de septiembre de 1820, luego de la derrota de las fuerzas patriotas lideradas por el general Alcázar, quien es finalmente eliminado junto a una veintena de oficiales, así como un número indeterminado de paisanos y sus familias, todos los cuales fueron entregados al pillaje de la soldadesca y los indígenas. Pese a que jamás se ha señalado la culpabilidad del resto de los oficiales realistas, resulta obvio que muchos de ellos actuaron por cuenta propia en aquellas muertes, más que nada como represalia por las continuas derrotas sufridas en Los Angeles, especialmente por los pehuenches, quienes habrían "lanceado" al desgraciado Alcázar, mientras que Carrero y Picó hicieron igual cosa con el resto de los oficiales prisioneros en Yumbel. El mismo Benavides traza este estado de violencia generalizada a la hora de justificar este atentado ante el Virrey del Perú;

<sup>20</sup> Cfr. Vicuña Mackenna, Benjamín. *Op. cit.*, p. 64.

<sup>21</sup> Cfr. Barros Arana, Diego. *Op. cit.* Tomo XIII, p. 35.

<sup>22</sup> En comunicación del 25 de julio de 1821, el comandante de las fuerzas chilotas, Antonio Quintanilla, solicitaba a Benavides el envío de las monjas trinitarias junto al hijo de Borne, quien poseía familiares que lo esperaban en la isla. En *AN:AMG*, Vol. 52, fj. 136.

...sobre todo el que la guerra que me tienen declarada es sin cuartel, como se lo tengo comunicado anteriormente a V.E., como se ha visto en los oficiales y soldados que hacen prisioneros, que en el momento los fusilan, cuando no los matan a sable<sup>23</sup>.

Menos conocida es la cuestión de las responsabilidades institucionales, y que tanto patriotas como realistas tuvieron, al fomentar sus respectivos gobiernos la promoción de este tipo de prácticas, del todo perniciosas y sin ninguna justificación más que la aniquilación total del adversario<sup>24</sup>.

### UNA PROPUESTA ALTERNATIVA: BENAVIDES EL REORGANIZADOR

Son tantos y tan grandes los deseos con que me hallo de exterminar a los rebeldes y obstinados insurgentes, que profanan este hermoso reino, que no cesa mi corazón un momento de tentar cuantos medios considero aparentes para su destrucción. Todo desvelo y sacrificio me sirve de la mayor satisfacción, cuando se dirige a tan sagrado objeto; así es que desde el 6 de febrero del año pasado de 1819, en que tomé el mando de esta provincia con una pequeña división que se me dejó al tiempo de la retirada del ejército para la plaza de Valdivia, no he dejado un solo instante de idear proyectos y formar planes, aun en medio del abatimiento en que me hallaba con sólo sesenta hombres, los más inútiles y al frente de un poderoso ejército prepotente, vencedor y orgulloso<sup>25</sup>.

De esa forma comentaba Benavides al Virrey el hondo alcance de su gestión en los primeros años de la campaña, la que a esa altura le había proporcionado un importante triunfo sobre los patriotas, afincados en ese momento en la península de Tumbes y al norte del río Maule.

Y es que a partir de ese momento el caudillo cifrará todas sus esperanzas en la reconquista total del reino, sustentado en el triunfo de sus armas y el eventual refuerzo que debía recibir desde Lima o la metrópoli.

En octubre de 1820 entraba victorioso a la ciudad de Concepción, implantando una serie de medidas militares y administrativas tendientes a crear un gobierno provisional y la puesta en marcha de un plan de avance sobre Santiago. Ordenó terminantemente se suspendiesen los desmanes y arbitrariedades para con la vecindad patriota, despachando el grueso de su ejército al Itata y la Alta Frontera, realizando una revista general a sus fuerzas, cancelando honorarios a la oficialidad y formando, por último, nuevos cuerpos milicianos, como es el caso del denominado "Batallón de la Concordia", a imitación del mismo cuerpo creado por Abascal en 1813.

En materia económica, implantó un estanco general al tabaco y los alcoholes, ordenando la racionalización de los productos, el establecimiento de una Junta de Secuestros y la incautación del hierro y otras manufacturas, todo lo cual iba destinado a la mantención de su ejército, carente de recursos técnicos y financieros necesarios para proseguir la guerra.

Otras medidas semejantes se aplicaron en el campo de la regulación social, elevando numerosos indultos a las poblaciones de la provincia y restaurando así mismo los diferentes cargos religiosos y civiles que existían durante el período español. El apoyo que tuvo por parte de la comunidad eclesiástica fue en este sentido considerable, siendo un elemento de cohesión en el fortalecimiento de estas medidas, todas las cuales conta-

<sup>23</sup> Oficio de Vicente Benavides al Virrey Joaquín de la Pezuela. Concepción, 12 de noviembre de 1820. En *AN-AMG*, Vol. 101, f. 62.

<sup>24</sup> Numerosas son las ordenanzas de los estados mayores de Santiago, Valdivia y Lima donde se ordena terminantemente aplicar una guerra de bandidaje junto con eliminar de lleno a cualquier enemigo o extranjero, sin intimar rendición. Entre las primeras, podemos citar el plan patriota de 1820, destinado a cortar las avanzadas de Benavides al sur del Maule (Vicuña Mackenna, Benjamín. *Op. cit.*, pp. 809-816). Del lado realista fueron reiteradas las órdenes en este sentido, como las de controlar irrestrictamente el traspaso de oficiales y tropa desertora (oficio de Juan Francisco Sánchez a Benavides. Valdivia, 26 de junio de 1819. En *AN-AMG*, Vol. 52, f. 33); la eliminación inmediata de todo extranjero (Oficio del intendente de Valdivia, Manuel Montoya, a Benavides. Valdivia, 11 de diciembre de 1819. En *AN-AMG*, Vol. 52, fjs. 114-115); así como la salvaguardia ante cualquier nave insurgente o angloamericana que surcara el golfo de Arauco (Oficio de Manuel Montoya a Benavides. Valdivia, 20 de enero de 1820. En *AN-AMG*, Vol. 52, f. 60).

<sup>25</sup> *AN-AMG*, Vol. 101, f. 62.

<sup>26</sup> Gran parte de las fuentes que se tienen sobre este período descansan en el *Archivo del Ministerio de Guerra*, fruto de la transacción hecha en 1821 por el embajador chileno en Londres, Antonio Irrizarri, y mediante la cual se tuvo acceso a un abundante paquete de comunicaciones enviadas por la comunidad penquista a Lima, las que no llegaron a su destino yendo a parar a los mares del norte. Al respecto, véase *ABO*, Tomo III, pp. 213-219.



ban con el amplio apoyo de una población adicta a las instituciones religiosas y monárquicas<sup>26</sup>.

Pese a la posterior derrota que lo expulsaría definitivamente de Concepción, no terminan allí los planes de Benavides, quien inmediatamente gestionó con las autoridades patriotas el envío de parlamentarios para la celebración de un armisticio entre ambas fuerzas.

Dicho proyecto proponía el cese inmediato de todas las hostilidades y el reconocimiento jurídico de la Frontera como límite del dominio realista en el país, para lo cual se implantaría un régimen de traspaso y contrabando comercial, el canje de prisioneros y el reconocimiento del *statu quo*, a través del cual se palearían las duras necesidades materiales que asolaban a ambas comunidades, especialmente del lado patriota, donde se había desarrollado con más fuerza la campaña<sup>27</sup>. No obstante, las negociaciones no dieron frutos, fundamentalmente por la tradicional negativa del intendente Freire a aceptar las proposiciones hechas por los realistas, motivo por el cual éstos dieron paso a una nueva campaña de desolación, la que arrasó con gran parte de los pueblos situados al norte del Bío-Bío.

Diversos autores han desestimado el valor que pudo haber tenido este proyecto en la consolidación de la paz en la región, apuntando en señalar la falsedad del acuerdo y la maldad intrínseca de Benavides en utilizarlo como una estratagema para reagrupar sus fuerzas<sup>28</sup>. Al igual que en acusaciones anteriores, se subjetiviza demasiado el papel del caudillo realista, sin analizar fríamente la situación que se describe. Así, en este caso no se toma en cuenta que el inicio de las negociaciones tenían el carácter de terminante, amenazando para ello con la invasión total de la provincia ante una negativa. Tampoco se relacionan las fechas, por cuanto el acuerdo se realiza entre el 1 y el 15 de diciembre, mientras que las hostilidades se inician sólo a fines de ese mes, pese a que los autores citados insisten en señalar el supuesto engaño, sin considerar para nada la dilatación que hubo por parte de Freire, quien es en sí el verdadero responsable de los nuevos enfrentamientos.

A través de estas y otras actuaciones podemos percibir una faceta desconocida del caudillo, en cuanto a organizador de sus malogradas fuerzas así como el gestor de importantes vías de negociación, pese al mal camino que adquirieron las mismas.

Otro tanto ocurre con el tema de la administración económica, de la cual ya hemos hablado someramente, pese a que existan indudables pruebas de un desarrollo mucho más prolífico de este tipo de medidas, ya no en la ciudad de Concepción, sino en los mismos campos hacia donde fuera expulsado en noviembre de 1820.

Las características de la población civil realista dan pie para ello, en primer lugar, porque se hallaba relativamente aislada en una de las regiones más ricas e inexploradas de aquel entonces. Relacionadas con una importante población indígena, este asentamiento generó un paulatino y progresivo despertar de las actividades agrícolas y comerciales, pese a las circunstancias adversas que envolvían al resto del país. Así, tras la llegada de Benavides y sus fuerzas, el objetivo de este último consistió en aprovechar los ventajosos beneficios que ofrecía este improvisado sistema, necesario para la implementación de un verdadero ejército con el cual sobrellevar la guerra.

El 28 de julio de 1821 Benavides decreta la abolición del estanco al tabaco y los alcoholes, levantando así también la pena que recaía sobre los productores "ilegales" que habían infringido dichas medidas. El motivo de esta actitud era la aplicación de un nuevo bando mediante el cual abolía perentoriamente el uso de moneda metálica, en vista a la terrible carencia de estas últimas, y ante la necesidad de cancelar los sueldos adeudados a la oficialidad y el ejército.

Para ello establece una de las medidas más innovadoras de las que se tienen cuenta en aquella época, tal es la utilización de papel moneda, a través de "vales", por un monto total de \$50.000, los que circularían dentro del dominio realista, ampliando de esta forma el flujo de dinero y en función de aprovechar eficazmente el importante stock productivo que proveían las poblaciones emigradas<sup>29</sup>.

Un punto a señalar es el destino del metálico —situación que ha dado pie a más de una especulación en torno al supuesto "tesoro de Benavides"—, tal es su utilización en un verdadero mercado de valores, esto es, su envío a Lima para la compra de provisiones y pertrechos necesarios para socorrer sus fuerzas. Y esto fue lo que efectivamente hizo, enviando para ello al comisario real Calixto Gutiérrez de la Fuente, no obstante,

<sup>27</sup> Las comunicaciones y el texto íntegro del armisticio en Vicuña Mackenna, Benjamín. *Op. cit.*, pp. 831-836.

<sup>28</sup> Cfr. Barros Arana, Diego. *Op. cit.* Tomo XIII, pp. 38-41; Vicuña Mackenna, Benjamín. *Op. cit.*, pp. 407-410.

<sup>29</sup> AN; AMG, Vol. 52, fj. 174.

<sup>30</sup> Vicuña Mackenna, Benjamín. *Op. cit.*, p. 468.

que éste posteriormente escapara con la embarcación y el botín, frustrando así toda la operación<sup>30</sup>.

Un proyecto que dio mejores resultados fue el plan de corso instaurado por Benavides y el bucanero genovés Mateo Mainery<sup>31</sup>, el que durante todo ese año pudo apresar sin mayor dificultad un buen número de embarcaciones británicas y norteamericanas, todas las cuales proporcionaron a la guerrilla un espectacular flujo de dinero, armas y pertrechos, restableciendo así también sus comunicaciones con Chiloé, desde donde se enviaron algunos refuerzos técnicos<sup>32</sup>.

## EL FIN DEL CAUDILLO

Los grandes logros proporcionados por la gestión administrativa de Benavides no solucionaban el problema de fondo, y que era la inespecialización de su ejército. Recordemos que éste carecía por completo de fuerzas regulares, contando con cuadros de oficialidad recientemente ascendida, la que no poseía mayores conocimientos militares en torno a la instrucción y organización de la tropa.

Una situación totalmente diferente es la que se vivía del lado patriota, donde permanecían los más destacados oficiales del continente, una gran mayoría de ellos forjados en los campos europeos. Todo esto hubiese permitido una buena gestión de aquéllos a no ser por las profundas falencias materiales que los relegaron siempre a un plano defensivo, perdiendo así muchas oportunidades de victoria, lo que otras veces sucedió, no tanto por esta situación, sino por la descoordinación y las rivalidades de sus comandantes.

Benavides intenta así afrontar estos desafíos, solucionando totalmente el problema del abastecimiento, no así el de la normalización de su hueste, lo que a la larga trajo consigo la aniquilación total de sus fuerzas<sup>33</sup>.

Considerando quiméricamente que su ejército podría superar esta barrera y fundamentalmente gracias a la obtención de armamento de última generación, a partir del botín capturado en la fragata Ocean<sup>34</sup>, se dispuso a iniciar su última campaña, no sin antes rechazar una importante oferta de paz hecha por el coronel Prieto a través de su antiguo amigo Juan Castellón.

...desde que me propuse sostener los sagrados derechos de la nación en fuerza de la distinción y confianza que se depositó en mi persona, fue bajo el concepto de que ni la suerte desgraciada de las armas ni ningún otro motivo por poderoso que sea podría hacerme desistir de mi intento y sería una en mí muy criminal el que me aturdiere una noticia que tiempo há esperaba para proceder con más energía y seguridad en manifestar al mundo entero mis sentimientos. ¿Qué se diría de mi honor si teniendo en mis manos respetables fuerzas con un armamento nunca visto en este reino, aliado con una nación poderosa, me inclinase a seguir un partido que sólo han podido sostenerlo las vicisitudes y accidentes ocurridos en nuestra metrópoli?<sup>35</sup>

A partir de este irreductible deseo de continuar la guerra, a fines de septiembre de 1821, Benavides iniciaba su marcha rumbo a la ciudad de Chillán, hasta donde llegó el día 2 de octubre. Desde allí lanzaría una ardorosa carta proclama, donde junto a todos sus comandantes incitaba a Prieto a un enfrentamiento general y decisivo, considerando que ya era necesario un ajuste final que decidiera de una vez por todas el curso de la guerra:

<sup>31</sup> AN;AMG, Vol. 52, fjs. 186-187.

<sup>32</sup> Sobre las incursiones corsarias de Benavides, véase: Hall, Basilio. *Abstracts from a journal written on the coast of Chile, Perú and México in the years 1820, 1821, 1822*. Tomo I. Edinbergh, 1824. Traducido al español en: *Extracto de un diario de viaje a Chile, Perú y México*. Imprenta Universitaria. Santiago, 1906.

<sup>33</sup> Durante su permanencia en Concepción, Benavides comunicó al Virrey la posibilidad de iniciar desde allí una reconquista total de Chile, señalando las diferentes necesidades que para ello debía superar su ejército. "...siendo bastante notable la falta que me han hecho [los oficiales] para colocarlos en estos cuerpos, en los que al mismo tiempo que estoy creando las tropas, tengo que ir instruyendo oficiales, y ya sabe VE no es tan fácil la instrucción de un oficial como la de un soldado; aunque los existentes se han adelantado bastante en la disciplina militar, y adquirido unos regulares conocimientos..." Oficio de Vicente Benavides al Virrey Joaquín de la Pezuela. Concepción, 12 de noviembre de 1820. En AN-AMG, Vol. 101, fj. 60.

<sup>34</sup> Embarcación norteamericana proveniente de Río de Janeiro, la que transportaba cerca de 14.000 fusiles, y armas de menor calibre, destinadas a socorrer a Lima, las que de este modo fueron tomadas por la guerrilla chilena a través del ya citado plan de corso en las aguas del golfo de Arauco.

<sup>35</sup> Carta de Vicente Benavides a Juan Castellón. Arauco, 7 de septiembre de 1821. Citado en Barros Arana, Diego. *Op. cit.* Tomo XIII, p. 421.

En nota del 4 de septiembre del presente me indica V. la noticia de que la capital de Lima había sucumbido a sus armas, invitándome a seguir su partido bajo la suprema potestad de un indulto general a mis tropas, dirigiendo igual seducción a los Comandantes de los cuerpos.

Mi contestación del 7 del mismo, podrá V. tenerla bien presente, pues sin embargo la prepotencia de sus fuerzas, y la poderosa alianza que compone tener con las naciones extranjeras, le anuncio que [en] muy breve saldría a buscarle, y que las armas decidirían nuestras opiniones. En efecto, cuando pensaba tener la gloria de encontrar a V. en Concepción, se me notifica que había vergonzosamente desamparado aquella ciudad, huyendo a encerrarse en esta de Chillán. Yo por no faltar mi palabra, y por coadyuvar el entusiasmo general de los dignos Jefes, oficiales y tropa de este Ejército de mi mando, me encaminé a este punto, con el objeto de presentarme a V. en el campo del honor a definir la cuestión; bajo este concepto tendrá V. la bondad de salir con sus tropas a exterminar de una vez los únicos restos de las tropas reales que le quedan que vencer, cuya resolución espero sea dentro de una hora en el paraje que mejor le acomode. En la inteligencia que de no verificarlo experimentará todos los rigores de la fuerza, oscurecerá la gloria que tiene adquirida en la larga serie de sus triunfos, dejando en los fastos de la historia la negra mancha de cobarde<sup>36</sup>.

Pese al belicoso ímpetu que expulsaban estas frases, el famoso combate no estuvo a la altura de la situación, puesto que Prieto se negó a abandonar la ciudad, lo cual produjo un indeterminado encuentro, el cual terminó con el torpe repliegue de las fuerzas realistas rumbo al norte.

Sin contar con que el largo viaje desde Arauco había entorpecido en gran medida los movimientos de su ejército, esta nueva e indecisa dispersión trajo consigo un desmoronamiento total de la tropa, la que ya a esa altura se negaba a proseguir la marcha, al parecer, destinada a alcanzar la capital, la cual creían indefensa.

Así, la noticia de nuevos refuerzos patriotas provenientes del Maule y Concepción produjo el total desconcierto de los realistas, quienes emprendieron una confusa retirada por la cordillera, lo cual nos induce a pensar, tanto en una descoordinación táctica por parte de Benavides, como, su temor hecho realidad, respecto a una derrota de sus fuerzas, las que verdaderamente no se hallaban capacitadas para enfrentar al enemigo, principalmente por tratarse de fuerzas milicianas, con escasa o nula preparación militar; sin duda, el último escollo después de los crecidos contingentes que perecieron en las campañas anteriores.

Los sucesos posteriores y la traición final de los oficiales peninsulares no es sino el resultado de todas estas situaciones, las que desde mucho antes se hacían insostenibles, esto a partir de la política de disuasión instaurada por el coronel Prieto el año anterior. Es decir se produjo un desmoronamiento físico y psicológico que envolvió a la última hueste del Rey, la que desde entonces desertará en masa hacia las filas patriotas, conocida la caída de Lima y el estallido de la revolución en la metrópoli.

Una situación personal, pero de idéntica magnitud, es que la sufre la personalidad del caudillo, a quien, como hemos visto, no podía imputársele verdaderamente una traición a lo largo de su carrera, sino hasta este preciso momento, en el que al verse solo y perseguido por sus propios camaradas decide renegar de su causa y entregarse al bando de los vencedores, pasando por sobre toda una vida de encarnizada lucha.

Las circunstancias y el deseo con que me hallo de dar a este gobierno una prueba verdadera de lo desengañado que estoy en mis anteriores opiniones, las cuales sólo han podido sostener los muchos desaires y desgraciada existencia que tuve la infelicidad de sufrir en Santiago el año 1818, después de haber sido indultado por aquel Supremo Gobierno, y también el haberse negado a oír mis proposiciones de paz y transacción en nuestras diferencias el Señor Gobernador Intendente de la Provincia don Ramón Freire, sin embargo de mis repetidas instancias con que solicité su amistad, pero siempre despreció mi comunicación que ha sido uno de los motivos de esta obstinada Guerra; y las frecuentes y repetidas órdenes que mis Jefes me pasaron para que sostuviese a toda costa estas Fronteras, prometiéndome poderosos auxilios que hasta esta fecha se han visto...<sup>37</sup>.

<sup>36</sup> Oficio de Benavides a Prieto. Campamento de Chillán, 2 de octubre de 1821. En *AN-AMG*, Vol. 52, fj. 190.

<sup>37</sup> *AN-AMG*, Vol. 52, fj. 195.

Pese a lo anterior, no dejan de ser interesantes sus propias reflexiones en torno al curso que fue adquiriendo su vida, las que, no obstante, no le eximen de la responsabilidad de la deshonra, valor del cual constantemente se jactaba a lo largo de sus vivas narraciones.

Pero cuál es el papel que nos corresponde asumir a las generaciones posteriores. ¿Acaso juzgar su falta de cordura y entereza en los momentos difíciles? Porque si es así, seguimos cometiendo el mismo error, al no reconocer las circunstancias históricas por las que atraviesa, obviando el hecho de que personalidades mucho más reconocidas desertaron en aquel mismo momento y en condiciones mucho más favorables. Incluso entre quienes lo marginaron primeramente del mando y que luego se dedicaron a perseguir a los que, no obstante todas estas vicisitudes, continuaron luchando hasta sus últimos días por la causa del Rey.

Ciertamente, tenemos ante nosotros una labor mucho más significativa que la simple reivindicación de estas figuras históricas, tal es la tarea de desmitificar y sacar a la luz la verdad de sus vidas, que como en el caso emblemático de Benavides, permanecen relegadas al odio y la marginalidad, pudiendo descubrir en ellas el símbolo de toda una generación, llena de luchas, sueños y esperanzas, las que quedaron sembradas para siempre en los campos y montañas del sur.